

Santiago Hernández-Ruiz

Una vida española del siglo XX. Memorias [1901-1988]

Introducción y edición de Víctor Manuel Juan Borroy

Zaragoza: Instituto de Ciencias de la Educación,

Universidad de Zaragoza, 1997

Las memorias de un maestro de maestros



DIGAMOS PARA EMPEZAR que nos hallamos ante un libro de memorias póstumas publicado por el ICE de la Universidad de Zaragoza, a iniciativa de Jaime Hernández Puig, hijo del autor. Las trescientas páginas de memorias vienen presentadas por Agustín Ubieta Arteta, Director del ICE, e introducidas por Víctor Manuel Juan Borroy. El primero nos ofrece el perfil del autor como pedagogo, describiéndolo como un vocacional de la enseñanza, como un luchador del aula, de los que “tienen ideas propias y hacen trabajo honrado”, un maestro que supo tomar lo mejor de la tradición y añadir lo que la experiencia real entre los pupitres le sugería. El segundo dedica dieciocho páginas a situar la lectura del texto autobiográfico. En este sentido, además de realizar la semblanza biográfica del autor, declara que como editor ha creído conveniente reducir la extensión de estas memorias y por ello ha suprimido algunos pasajes “poco significativos para la lectura que ahora se pretende”: análisis de la situación internacional escasamente argumentados, inventarios y estadísticas relacionados con su experiencia como inspector de la Unesco, episodios excesivamente locales, etc. Se cierra la introducción destacando tres ejes temáticos del texto: la pasión del autor por la vida, la amargura del exilio y la nueva felicidad hallada en su segunda patria.

Cumple su función con creces esta introducción al fijar ampliamente las coordenadas biográficas de Santiago Hernández, pero deja en el lector la sensación de que el material que se apresta a leer ha sido manipulado para bien o para mal por una tercera persona, lo cual es muy peligroso en este género confesional. Sin embargo, a medida que se avanza en la lectura va desapareciendo la reserva inicial para acabar conviniendo con el editor en el acierto de la poda, ya que es insignificante lo que párrafos como los supuestamente suprimidos podrían aportar a la imagen personal o profesional del protagonista.

Por lo que se refiere al texto autobiográfico en sí, hemos de destacar en primer lugar la idoneidad del título, *Una vida española del siglo XX*, que no solamente describe el contenido del libro, la vida de un español más o menos común que discurre a lo largo de casi todo el siglo (1901-1988), sino que además encierra implícitamente la intención profunda de Santiago Hernández Ruiz: mostrar la autenticidad y ejemplaridad de su vida. No encontramos tan afortunado el subtítulo, *Memorias*, ya que el texto no se limita a una mirada al mundo exterior, sino que esencialmente narra la forja de una personalidad, que es la de su protagonista. Por ello, aunque el autor ejerce de memorialista en algunos capítulos -"Ecos de la historia externa", "Enrarecimiento del ambiente nacional e internacional", "La Dictablanda", "La República", "Una mirada a la escena mundial"-, en los que evoca los principales acontecimientos históricos y analiza las influencias de los mismos en su vida y en la de los españoles en general, creemos que el epígrafe que mejor reflejaría el género de manifestación autorreferencial al que se adscribe la obra es el de "autobiografía". De los treinta y cinco capítulos en que subdivide don Santiago su obra, sólo cinco podemos calificar como estrictamente memorialísticos, frente a los treinta restantes de contenido fundamentalmente autobiográfico. De todas formas, el término "memorias", como sostiene la profesora Caballé, "continúa marcando las preferencias de la mayoría de escritores, que suelen subrotular así "Memorias" sus obras autobiográficas, independientemente de que lo sean o no" (A. Caballé, *Narcisos de tinta*, Málaga, Megazul, 1995, pág. 42).

Decíamos algo más arriba que el objetivo principal del autor es el de mostrarnos la autenticidad y ejemplaridad de su vida. Parece como si el maestro hubiera querido dictar con un pie ya en el estribo su última lección. Y ¿cuál mejor que su propia vida? Por otro lado, ¿qué mejor sentido puede dar a su vida un hombre que se ha entregado en cuerpo y alma al ejercicio del magisterio? Lo dice como nadie Antonio Machado en aquellos conocidos versos que pone en boca de D. Francisco Giner de los Ríos: "Sed buenos y no más, sed lo que he sido / entre vosotros: alma". El espíritu institucionista -fruto de sus tardes en el Museo Pedagógico- y el tono aleccionador impregnan muchas de las páginas del libro. Como muestra valga este botón:

El pueblo se sintió comprendido y mi premio fue su gratitud y su cariño. ¿Monárquico?, ¿republicano?, ¿vaciedades! Un hombre que amaba a los niños y al prójimo en general y al pueblo en que habitaba en particular. Y todos los pueblos de España son así. Queredlos, y os querrán; despreciadlos, y os esquivarán; expoliadlos, y os maldecirán. No prediquéis la rusticidad, el recelo, la desconfianza y la cazarreíría. Estudiad primero sus motivos, y luego, analizad vuestros juicios. Nos va mucho a todos en ello, quizás ahora más que nunca (pág. 152).

Este fragmento del maduro y reflexivo valorando y analizando las acciones de su yo ejecutivo, maestro rural de veinticinco años, ilustra a la perfección la intención moralizadora y el alcance claramente didáctico de esta obra autobiográfica. También se puede percibir en las palabras finales -"quizás ahora más que nunca"- el pesimismo con que contempla la situación presente desde su atalaya octogenaria. Pesimismo que se convierte en catastrofismo al llegar a la última página:

Las trompetas del apocalipsis suenan a nuestras puertas desde hace unos años. Esta nueva Apocalipsis, como la antigua, corre al galope de cuatro jinetes: la superpoblación, la ciencia, la tecnología y la información... solo y viejo, no puedo imaginar sino una catástrofe (pág. 324).

Pueden llamar la atención de forma negativa las frecuentes manifestaciones de suficiencia pedagógica del autor, rayanas a veces en la presunción y el engreimiento, pero que se justifican objetivamente como argumentos testimoniales no sólo de sus capacidades y aptitudes sino también de su acertado método de enseñanza. Las reiteradas menciones al entusiasmo y agradecimiento que su ejercicio de la enseñanza suscitaba en los padres de sus alumnos no dejan de ser sino la consecuencia directa de la estrategia retórica que vertebra este libro: la manifiesta voluntad del autor de mostrar con experiencias concretas la fuerza y el prestigio de su magisterio. Más que pavonearse o recordar a la sociedad cuánto le debe, intenta convertir su vida docente en un ejemplo que ilumine el quehacer pedagógico de presentes y futuras generaciones de maestros, a los que él ve bastante perdidos en un aparente progreso teórico y tecnológico que apenas mejora al ser humano.

De ahí la necesidad de mostrarnos el contraste entre el paraíso perdido de su infancia en un entorno

rural, con todos los valores naturales que éste conlleva, y el artificial mundo urbano, carente de libertad, nobleza, espontaneidad, dureza, etc. Se trata de tópicos muy manidos pero que condicionan su yo íntimo y su yo profesional. Aquí radica seguramente el origen de su desprecio por la psicología y por las tendencias psicopedagógicas que no parten de la realidad natural del educando. Así, a la psicología evolutiva la denomina burlescamente "psicología involutiva y mimante" y la acusa de idealizar a los niños: "...el angelicalismo decadente propagado en el siglo por una psicología y una pedagogía involutivas". Tilda a la pedagogía moderna de "pedagogía flojonaza" (pág. 156), critica la "malvada calificación objetiva" de los alumnos, la excesiva presencia de la tecnología en "los manualizados y audiovisualizados alumnos", "las odiosas tareas a domicilio, miserable cáncer que trae de cabeza a toda la familia", y manifiesta una especial preocupación por el fracaso escolar:

...pero en pleno 1981, me vi en el deber de publicar un serio ensayo sobre los fracasos escolares, porque sigue siendo gravísima esta enfermedad burocrático-escolar, así como la modalidad punitiva que adopta en demasiados maestros, a quienes la facultad de eliminar amengua la voluntad de enseñar, por lo cual hacen de ella un sustitutivo disciplinario de la vieja palmeta, gravemente antieconómico y moralmente dañoso para la sociedad, por ser más deprimente para los niños que todos los castigos tradicionales juntos. (pág. 280)

La mejor psicología es en su opinión la que puede aplicar un maestro sensato, observador, reflexivo, agudo y tenaz. Se sobrentiende, naturalmente, que así es como él se ve.

Ideológicamente llega a definirse como un demócrata liberal y republicano. A pesar de algunos titubeos iniciales, afiliándose primero al PSOE y después al Partido Radical Socialista de Lerroux, declara que sus "contenidos ideológicos íbanse precisando alrededor de un núcleo democrático liberal, del cual estaban más cerca algunos prohombres de la Restauración, herederos políticos de Canalejas...". La ambigüedad de su postura política se pone de manifiesto cuando condena la Dictadura de Primo de Rivera, pero salva al dictador: "Afortunadamente, Primo de Rivera era un hombre de buen corazón, pintoresco en sus expresiones y pródigo en sus ame-

nazas a los políticos profesionales...". Más adelante añade: "...sin subestimar las virtudes personales y los buenos servicios del milite jerezano, condenaba su régimen...". Coherente con la educación recibida, defiende los valores nobles y espontáneos de la vida rural, salvo la beatería religiosa, y desprecia a los intelectuales y a los políticos en general, a los que ataca por su mala fe o por su escasa honestidad: "...ser un ciudadano honesto es no ser nada en política".

Pero, hijo de su tiempo y de su tierra al fin y al cabo, no puede sustraerse a la mentalidad dominante en temas políticos y sociales, entrando a veces en contradicción con el espíritu liberal del que hace gala. De este modo ataca a los nacionalismos, acusa al feminismo de descomponer los lazos familiares, critica la degradación de los valores tradicionales, la "amoralidad creciente" y la inmundicia de la pornografía. Frente a ésta, defiende el pudor de las relaciones amorosas de su época juvenil y un sentido de la decencia que se corresponde con una visión conservadora y hasta cierto punto machista:

En las vacaciones de 1925 se intensificaron nuestros sentimientos ante la proximidad de su realización, acordada desde un principio, razonable y profundamente, para cuando tuviese mi escuela (...). Ella, práctica, educada por su madre en los cuidados de la casa, hacía proyectos y yo le anticipaba contabilidades optimistas. (...) Era el amor real y verdadero, mil veces más auténtico y entrañable que el declamatorio, mentido y sucio tropo lírico-pornográfico, traducible en todas sus modalidades verbales a este gruñido jadeante: ¡Mi vida por un orgasmo! Al que toda hembra equilibrada podría responder sin más que un poco de propia estimación: "¡Puerco!". (pág. 143)

Asistimos, en definitiva, a las extensas, reposadas y conservadoras memorias de un octogenario que, como apunta el título, ha sido testigo de los principales acontecimientos del siglo XX. Pero muy por encima del valor memorialístico o histórico, se encuentra el valor humano y didáctico que representa, especialmente para los estudiosos de la historia de la educación, la vida de este hombre realista y equilibrado, que es recordado por sus alumnos como un auténtico maestro de maestros.